



M. BAHAMONDE S.

A. RAMIREZ B.

M. DURÁN D.

▽ ▽

TRES CUENTOS DEL NORTE

▽ ▽ ▽

PREMIO MUNICIPAL DE
ANTOFAGASTA

1943.



Manuel Durán D.

Trabaja actualmente en el diario "El Abecé", donde ocupa el cargo de Jefe de Crónica. La rutina periodística absorbe su trabajo diario, encarcelando su libre expresión literaria. Sin embargo, una firme resolución anima sus propósitos desde hace años. Primero fué la aventura romántica de una revista literaria, acuñada con su esfuerzo, "Pulso", la que animó su iniciación. Después vino el peregrinaje de las publicaciones dispersas. Ahora, la energía de un libro de bello título "Inauguración de la Tierra" le sonrió en la perspectiva.

El cuento en él es sólo una declinación de su poesía.

La Comisión de Cultura.

Los sesenta pesos de Lucho Rivera:

Año 1930. El Norte desmontaba el humo de sus chimeneas y las inmensas usinas desdoblaban, en la soledad de la pampa, las blancas banderillas de su obligado cansancio. Manos encallecidas cerraban, por última vez, la puerta de la casa, líando, junto con sus bultos, brasadas de recuerdos, a medio consumir.

El camión esperaba a la puerta las voces que no deseaban ponerse en fila para la marcha, ni conocer esa huella endurecida de sol y de caliche que los esperaba muy cerca, para cerrarse después en un silencio permanente.

Abajo se enderezaba el puerto salpicado de luz y también de miseria. En los conventillos se iban a vaciar los pampinos con sus mujeres y sus niños. La crisis delectreaba los guiñapos endurecidos de sus letras y miles de ojos se abismaban al mirar su brazos, dueños de una soledad tan extraordinaria.

La miseria taconeando zapatos altos de señoras y cuello y corbata de caballeros, paseaba por todas las calles.

En cada barrio popular había ya nacido la **Olla del Pobre**. Los obreros y las madres venían

con tachos y ollas, abriéndose en muchas estrellas de dolor entre las manos. Mostraban la tarjeta y caía la ración. Al caer les parecía una risa de niño suave y persistente. El pan era el mismo que iba a burbujear en manos pequeñas, mientras los ojos, grandes y tristes, se alfombrarían de una tibia luz al mirar la escena, para después endurecerse al ser remecidos por la realidad.

Así le pasaba a Lucho Rivera, viejo calichero de "Ausonia". Miraba a Lucía, menuda, pequeñita, jugando con sus dientes y luego con sus mandíbulas, en un gran trozo de pan. Sorbía, con una inmensa cuchara, un poco de porotos, y con su boquita llena empezaba a dejar caer risas y palabras ininteligibles. Lucho sonreía levemente. Luego miraba sus vestidos y sus zapatos, después a sus otros hijos pequeños y a su mujer. Después callaba, mirándose hacia dentro y un dolor, venido desde muy lejos, caía de pronto a su rostro y allí se quedaba.

Desde hacía muchos meses la escena se repetía. Le parecía que su vida se había detenido para siempre en esa pieza y en esas paredes.

Le era tan difícil retener el agradable pasado de su vida, como hacer durar una risa en su cara. Por las tardes se echaba a rodar por las cales. Se juntaba con algunos amigos del puerto que hacían siempre crujir billetes entre las

manos o pasaba donde un despachero amigo, a quien le barría y le limpiaba el negocio, a cambio de un par de tarros de leche. Otras veces juntaba todo el cansancio para ir a echarlo a la playa. Se tendía en la arena caliente hasta que el mar, golpeándole los ojos con la sucesión de sus espejos azules, lo hacía entumecerse y allí, a la orilla del agua, se convertía en otro de los tantos que buscaban el sueño para hacerle una arrancada al dolor y a la miseria.

Aquella tarde Lucho Rivera se sentía más desolado que nunca. Habían aumentado los arranchados en la "Olla" y, por lo tanto, la ración ya no era la misma. El cucharero inflexible, le había mermado también sus raciones.

Llegó a la casa. Era el mismo cuarto para comer, dormir y llorar. Lucía se sentó, en unos cajones, frente a los platos, acompañada de sus hermanos. Su mujer había comprendido en una mirada lo sucedido y se deslizó, silenciosamente, a la puerta. Los chiquillos, en su fiesta habitual de gritos y alegrías empezaron a chapotear en los platos. Lucho Rivera los miró y, después de acariciarlos, se fué a la puerta detrás de su mujer, echando una mirada a la olla vacía.

En la puerta ella le tendió las manos y en la oscuridad esas manos huesudas del dolor y de la desesperación se enlazaron en un nudo fuer-

te que ascendía por el cuerpo hasta caer después al corazón. En la oscuridad se buscaron los ojos y Lucho Rivera, mordiendo la noche de afuera y de adentro, se echó a caminar.

En una plazuela de barrio se sentó y allí se quedó. Arriba habían estrellas. Espacios inmensos donde su sangre quería subir para limpiarse y poder incorporarse nuevamente a la lucha.

Allí estaba, empezándose a adueñar de ese nuevo estado cuando sintió su nombre; primero muy lejos, luego más cerca y finalmente junto a su oído. Se levantó. Allí estaban dos compañeros de "Ausonia". Eran esos fuertes pampinos los que lo llamaban. Se acercaron más y más.

Los sintió luego apretándole muy fuerte. De una mirada los hombres comprendieron su tragedia. Se enhebró una charla apresurada y animosa. Lucho Rivera se dejó llevar. Ellos estaban bien. Ganaban pesos en el puerto. Eran solos. Ahora iban a dar una vuelta a las casas del "lado norte". Los dos pampinos estaban algo bebidos. Lo tomaron del brazo y echaron a caminar con él. La Avenida Argentina, formando una gran culebra, atravesaba la ciudad. Los tres iban por ella.

Pasado la calle Latorre, la ciudad se enfundaba de raras vibraciones. Automóviles, coches con pasajeros hasta en el pescante. Casas de cena y unas viejas vendiendo tacitas de té caliente que

adquirían deleitoso sabor en el paladar golpeado de licor. Por allí pasó Lucho. Hacía mucho tiempo que no taconeaba esas calles. Sus amigos, a pesar de la embriaguez, que se iba madurando en el aire, respetaban su silencio. Caminaban persiguiendo las cuadras, luego buscando calles, después casas y finalmente puertas. Llegaron. De adentro venía música. Era un foxtro. Al abrirse la puerta, la música se acercó más a ellos. Una mujer en la puerta los miraba invitándolos a pasar. Lucho miró a sus amigos y los tres cruzaron un pasadizo que desembocaba en un salón.

Tres mujeres estaban sentadas en unos divanes, en un gesto mezclado de pereza y abatimiento. La púa de la victrola desdibujaba ya los últimos compases de la canción, cuando los tres hombres se sentaron.

Llegaron las botellas. La espuma golosa de las pilsener subía mordiendo el cristal de los vasos, empañándolos de leves puntos de alcohol.

Se bebió el primer trago por el encuentro. Lucho Rivera sintió caer la cerveza en su estómago vacío e inmediatamente le poseyó una inquietud extraña. Las luces le parecían más bellas. Sus ojos, que desde hacía mucho tiempo esquivaban todo, se alzaron ahora desafiantes a buscar rostros. Miraba las mujeres un largo instante, mientras sus compañeros le observaban con curiosidad. Dos, tres y muchas otras veces

se sirvieron. Los ojos de Lucho Rivera habían hallado algo. Era una mujer sentada en un rincón que buscaba los discos y echaba a rodar al aire canciones alegres y dislocadas.

Sus amigos se pararon y eligieron dos muchachas para bailar. Los cuerpos muy pegados. Era el gesto del macho aguzando el instinto que apretaba esos otros cuerpos electrizados de ondulantes parpadeos. Lucho se quedó sentado bebiendo, mientras sus pupilas parecían tejer un camino para llegar a la muchacha que seguía sentada, junto a la vietrola. Terminó la pieza y los amigos volvieron junto a Lucho que seguía bebiendo más y más. Quería aturdirse. Meter toda su tragedia dentro del vaso y luego despedazarla con su boca, con sus dientes: ¡así con toda su fuerza!

Sus amigos, que habían seguido las miradas de asedio de Lucho a la muchacha, cambiaron unas palabras en voz baja y luego la llamaron. Ella se acercó, lentamente, y se sentó junto a Lucho. Este la miró y le sirvió un vaso de cerveza. Se quedaron mirando un instante, cuando empezó a brincar en el aire otra canción. Uno de sus amigos se paró y la sacó a bailar. El otro hombre que seguía junto a Lucho, se acercó más y le dejó caer seis billetes de a diez entre sus manos, indicándole a la mujer que éste continuaba persiguiendo con los ojos.

El viejo pampino de "Ausonia", comprendió todo. Sus carnes empezaron a danzar un vértigo de aceite y de algodones. Luego esa danza se endurecía, convirtiéndose en fierros que le hollaban las carnes. El amigo que bailaba con la mujer le hablaba con calor y luego le mostraba a Lucho Rivera. Terminado el foxtro la mujer se acercó decidida a Lucho y lo tomó de las manos. Sus amigos sonrieron y se bebieron la cerveza de un sorbo.

Allí estaban caminando por un pasadizo. Ella alta, ceñida de extraños olores y él tembloroso, haciendo crujir, entre sus encallecidos dedos los billetes.

Ella mientras caminaba parecía crecer. El, cribado de licor, se sentía hundir más lejos de sí mismo. Ella abrió una puerta y él la siguió. Era una pieza amplia, con una gran cama seme- jando un velero con sus aparejos revueltos y una almohada tendida, caprichosamente en el medio, como un marinero que murió vestido de blanco en la cubierta.

Lucho Rivera dejó caer sus ojos en una mesa y vió una cuchara. En la felpa azul que la cubría, y en la semi-penumbra, la cuchara tenía una rara expresión. Miró a la hembra tendida en la cama y algo sintió que caía sobre él. La cuchara lo seguía. No era una cuchara simple. Era una cuchara con rostro. Primero el del hombre vie-

jo y barbudo que le daba la ración a los arranchados y luego la cara de sus niños.

La cuchara se perdía más y más y crujía. Por el brillo entraba el rostro de su mujer cuando la dejó en la puerta, con hambre y con lágrimas, que a fuerza de adiestrarlas en el corazón ya habían olvidado el camino de los ojos. Sintió los billetes revolotear en sus manos. Miró a la hembra que, con una pequeña enagua en su cuerpo, hacía danzar las carnes para la entrega.

Lucho Rivera se acercó y la cuchara lo seguía. Sintió también algo en el estómago y en el cuerpo; pero se acercó tembloroso. Una extraña idea cayó, de repente, sobre él. Venciendo sus carnes erizadas de ansias punzantes, tomó los billetes y los dividió. Luego su voz resonó en la pieza. Primero muy lenta y luego brutal. Habló allí, perseguido de alcohol y desesperación, del hambre, de la miseria, de la angustia de su vida, de sus hijos, de su esposa. De los niños que también habían aprendido a tener raros sueños por las noches. De ese dinero. Sus ojos transfigurados por un deseo burlado por él mismo, miraban a la mujer que se había parado sorprendida de la cama. Lucho Rivera se acercó más y le dejó entre sus manos tres billetes de a diez y se guardó los tres restantes. Luego indicó hacia afuera y le pidió silencio. La mujer cerró lentamente los ojos, como buscando una justificación para ese extra-

ño hombre y al abrirlos, había encontrado la huella que buscaba. Era también su casa, su madre y su infancia pesada de barro y de mugre. Unas lágrimas cayeron pausadas y lentas y luego sonrió. Tomó los tres billetes que Lucho Rivera había dejado en sus manos y se los entregó. Lucho no opuso resistencia. Esas manos que recibieron los billetes no eran las de él: eran del hambre y de la miseria que formaban el nombre y el apellido de él y de toda su familia. Luego la mujer se acercó y lo besó en la boca. Se habían encontrado en el fondo de un camino muy oscuro y ahora salían dueños de una rara luz. La mujer lo tomó de las manos y abrió la puerta: la música del salón arañó de imperceptible realidad la piel. De repente se volvió y con sus piernas desnudas golpeó levemente la puerta que se volvió a cerrar.

A fuera daba vuelta la música llena de sexo y de pasión, mezclada con la risa de esos otros dos calicheros de "Ausonia".

